
Advertencia

En 2005, Gunther von Hagens, el momificador más importante de la historia actual, dueño de la colección de cuerpos humanos plastinados *Bodies*, fue acusado de hacer uso indebido de cadáveres de homínidos. El artista y científico, que considera su trabajo un aporte al arte y a la medicina, ha dado instrucciones a la comisaria de sus exposiciones, Angelina Whalley, sobre la forma en que será expuesto su cuerpo (dando la bienvenida a los visitantes), hecho que sucederá en breve, dada la grave enfermedad que padece. Ante los ataques de autoridades jurídicas, médicas y de miembros de la iglesia sobre esta exhibición del cuerpo humano, Von Hagens ha declarado: “La vida es sólo una excepción dentro de la normalidad que supone la muerte”.

Anatoly Moskvín, historiador ruso de cuarenta y cinco años, considerado el máximo experto en cementerios de la ciudad de Nizhny Novgorod desenterró veintinueve cadáveres de mujeres jóvenes y las vistió con ropas extraídas de las tumbas para su colección. Moskvín fue detenido en su casa cuando la policía acudió para consultarlo sobre la profanación. El historiador, experto en lingüística y hablante de trece lenguas, explicó que extraía los cuerpos y estudiaba sus vidas para descubrir al mundo cada historia personal y evitar que se volvieran “simples muertos”.

George Church, reconocido biólogo de Harvard, plantea la posibilidad de que una mujer pueda alquilar su vientre para resucitar al Neanderthal mediante ingeniería

genética. Entre los beneficios encuentra que al tener mayor tamaño craneal, estos seres podrían ser más inteligentes que nosotros. “Cuando llegue la hora de enfrentarse a una epidemia, abandonar el planeta o lo que sea, es posible que su forma de pensar nos resulte de ayuda. Quizá podrían incluso crear una nueva cultura neoneanderthal y convertirse en una fuerza política”.

El autor de la historia que aquí se narra forma parte de este grupo de coleccionistas.

¿Cómo se han perfeccionado todas estas exquisitas adaptaciones de una parte de la organización a otra o a las condiciones de vida, o de un ser orgánico a otro ser orgánico?

Ch. D.

Uno

Al hombre de los ojos tristes le parece que últimamente el tiempo se adelanta. Es cosa de la edad, piensa. Llega un momento en que todo lo que haga irá con más lentitud y lo único que puede oponer a ese hecho son sus rutinas. Ese día se despierta sin luz, abre los ojos, ¿qué es esto?, podría pensar, pero evita hacerlo, hay cosas peores que esa sensación de estar fraguado en un bloque pétreo. Sin dar tiempo a más se levanta, a las siete, como cada mañana, se pone el abrigo sobre la ropa de dormir, abre el portón que da al sendero y la luz que empieza a colarse entre las ramas de los olmos lo anima un poco. Da su breve paseo matinal. Nunca más de media hora, nunca menos. De regreso a Downe House, abre el buzón. Ha hecho lo mismo por años y en cada ocasión le ha reconfortado hallar las cartas de los amigos o incluso no encontrar nada. Ese día, en cambio, descubre el paquete. Amarillento y maltrecho, no oculta que ha viajado de barco en barco por cuatro meses, como un naufrago. Por un instante, se aferra a la idea de que pueda ser algo familiar. Pero el remitente y los sellos no dejan lugar a dudas, el sobre viene de Indonesia y lo envía el naturalista Alfred Russel Wallace. Además de una carta, hay un manuscrito. Lo sopesa. Puede ser una descripción entomológica o herbolaria que contribuya a completar su estudio. Ya lo sabrá después, cuando se siente a trabajar; por ahora deja el sobre a un lado y se dispone a concluir sus rituales matutinos.

Tiene cuarenta y nueve años, tiene un pésimo estado de salud y no obstante se sobrepone. Se dirige al fondo del jardín y hace sus abluciones de agua helada en la ducha exterior construida en su casa, como suele hacerlo desde que comprobó que estas prácticas en algo alivian su mal, aunque no logren erradicarlo. Nadie, ni siquiera él, tiene una certeza sobre la enfermedad que sufre, pero los síntomas descritos en su diario no dejan duda alguna, está enfermo. El médico le pregunta qué siente y él responde: odio las visitas. Dice que no es capaz de tolerar mucha conversación porque le produce vómitos y fatiga extrema. Dice que cuando tiene que hablar ante la sociedad científica le dan temblores en todo el cuerpo. Si alguien solicita tratar algún asunto de un modo que no sea por carta se marea y siente vértigo. Explica que no sabe por qué. Pero eso no es lo peor, susurra. Lo peor son las palpitaciones, el dolor de pecho y los problemas en el estómago. Así que se incapacita en la cama por días. Lo ha hecho durante casi toda su vida matrimonial.

Cualquiera diría que un matrimonio largo y diez hijos son suficiente razón para provocar arcadas y no levantarse más de la cama. Él no piensa así. Tampoco puede asociar la debilidad con el hecho de haber recibido el paquete de Wallace y haber leído el manuscrito del joven naturalista con quien ha mantenido larga correspondencia. Pero tras la lectura han vuelto las arcadas y se ha pasado haciendo esfuerzos por no vomitar. Antes creyó que ese día no iba a necesitar someterse a las sesiones de sudoración ayudado por la lámpara de alcohol que le acercan en cuanto se levanta. Y que no tendría que meterse en la bañera de agua fría ni darse friegas con las toallas heladas que le acerca Parslow, su mayordomo, quien lo ayudó a

construir la caseta para duchas con una cisterna elevada que se puede llenar desde el pozo, y quien le pone en el vientre los paños helados que se deja todo el día mientras trabaja. Pero ha leído el escrito y es un hecho: se siente muy mal. ¿Qué me estará pasando?, podría pensar, pero no lo hace. Eso sí: teme que la fiebre vuelva de un momento a otro y tenga que postrarse en la cama al lado de su viejo compañero, el orinal.

De reojo, mira el paquete. El ensayo en cuestión es una propuesta sobre el origen de las especies bastante similar a la suya. En pocas palabras: Wallace ha llegado a la misma conclusión. No es esa la causa de su decaimiento, se dice, porque, vamos a ver: puede engañar a su colega; el correo no es siempre puntual y los paquetes se pierden. Puede negarse a remitir el ensayo a Charles Lyell, su maestro y mentor, como le estaba pidiendo Wallace que hiciera. Sólo que no hará ni una ni otra cosa porque es un hombre honorable y porque de nada le valdría ocultar ahora lo que de cualquier modo se sabría. Y sobre todo, no lo hará, y esta es la razón más válida para un acucioso observador de la naturaleza empezando por la suya, porque con eso no se sentiría mejor: las náuseas repentinas lo persiguen y lo atormentaban ya antes de abordar el *Beagle* e irse a su famoso viaje a las Galápagos.

Ha gastado grandes sumas para conocer las causas de su misterioso mal. Y aunque habrá, como ese doctor, quienes digan que el daño empezó en el momento en que recibió el paquete, si en algo contribuye la opinión de los expertos, él hará constar que ya tenía antecedentes de sudoración, vómito y debilidad con los más connotados médicos, todos de distintas disciplinas y todos aduciendo siempre razones diversas:

Para la mayoría se trata de un hipocondríaco.

El doctor James Gully, quien desde el condado de Worcestershire diagnosticó un caso de ameritar, aunque no especificó un caso de qué, recetó la cura de aguas, aduciendo que proponía el agua fresca para el alivio de todo mal.

El doctor William Brinton recetó comer cal a puños.

El doctor F. Mac Nalty diagnosticó dispepsia y angina de pecho y el erudito doctor Norman Moore dijo que no tenía angina, sólo debilidad.

Los psicoanalistas consideran que los síntomas responden a la ira reprimida contra su padre, Robert Darwin, que siendo médico, pertenece a esa abominable estirpe de quienes no lo han podido curar.

Es decir: todos coinciden en que está enfermo aunque ninguno dé con el remedio.

Ese día, el hombre desayuna tostadas con caldo. Después de volver el estómago varias veces, decide enviar a Lyell el paquete de Wallace sin decir que lo ha recibido con un malestar no distinto de aquel con que a menudo suele recibir cualquier cosa y, en cambio, ocho días después, Lyell recibe el informe de Darwin con espanto. No quiere permitir que el viajero del Beagle se quede sin la gloria de haberse adelantado veinte años a la conclusión que tiene frente a sí por culpa de su minuciosidad.

—El problema de tus hábitos —le dijo alguna vez— es que llevas el coleccionismo al extremo. Cualquiera diría que más que especies coleccionas momentos. *Lapsos*: criaturas que no volverán a ser.

—¡Exacto! —rio el viajero del Beagle ante el descubrimiento del nuevo espécimen—. Nada permanece inmutable, aunque las variaciones ocurren sólo si alguien es capaz de verlas.

—Pero ¿y el tiempo? —añadió por último Lyell o quizá sólo lo pensó—. ¿Cómo afecta al trabajo de un hombre el paso del tiempo?

Días después, su mujer lo llama.

El hombre de los ojos tristes observa el pecho de su hija Etty, que sube y baja al toser. Se llama difteria, diagnostica el doctor, es una enfermedad temible y está alcanzando proporciones de epidemia en Gran Bretaña. Hay otra enfermedad en la zona, también. Han muerto ya tres niños, y se espera que el brote se lleve a muchos más. Se llama escarlatina.

El 23 de junio, cuando la enfermedad alcanza al pequeño Charles, su último hijo, el hombre de los ojos tristes reconoce su derrota. El tiempo ha comenzado a devorarlo; tal vez lo ha devorado ya. Ese último año corrió tan deprisa que el pequeño Charles, de diecinueve meses, no pudo caminar ni hablar.

—Pero hay que sentirse agradecidos —aconseja a su mujer y a sus hijos.

Cuando ellos le preguntan por qué, el hombre les recuerda los agradables ruiditos que el niño hacía de contento y la elegancia con la que gateaba desnudo por el suelo. Entonces se pone a cuatro patas en el piso y lo imita, con toda seriedad.

Durante las siguientes semanas, se levanta a las siete, da su breve paseo matinal, recibe duchas heladas, vomita.

Una mañana cualquiera, sin que haya una causa especial, escribe por fin a su colega John Hooker explicándole por qué fue una bendición ver cómo la inocente carita de Charles Waring recobraba su dulce expresión en el sueño de la muerte. Y no se vuelve a referir al envío del paquete. Al ser informado sobre la carta que Hooker acaba

de recibir, Lyell sabe que su alumno dilecto se recuperará. Hooker, en cambio, tiene la certeza de que haber llegado en segundo término a la conclusión de Wallace es, para Darwin, el final.

—Lo perdió la minucia —dice Hooker a Lyell.

Pero Lyell no le da la razón. Ahora comprende que un defecto así puede obrar milagros en la ciencia.

Esa minuciosidad, tan desesperante, dice, es también, en cierta forma, la que hace de aquel alumno con quien él tiene una relación de amor-odio, un inadaptado y un genio. ¿O no es la que lo indujo a recolectar fósiles en el Beagle a fin de clasificarlos mientras sus compañeros de viaje se dedicaban al trazado de las costas y a realizar una cadena de medidas cronométricas alrededor del mundo? ¿No fue esa tozudez la que lo llevó a introducir a cubierta una serie inacabable de plantas tropicales, insectos, conchas y rocas que le tenían al capitán FitzRoy convertido el barco en bodega, y la que lo hizo empeñarse en introducir el fósil gigante de un gliptodonte a riesgo de que zozobrara la embarcación? ¿Y no era esa minuciosidad rayana en manía la que lo llevó a dirimir con el devoto FitzRoy hasta el último argumento a favor de su agnosticismo y la demostración palpable de la imposibilidad de los milagros, situación que hizo al capitán dudar de su interlocutor primero; considerarlo irritante más tarde y odiarlo al final?

FitzRoy, convencido seguidor de las teorías fisiognómicas del sacerdote suizo Johann Caspar Lavater, se negó en principio a aceptar en su embarcación al joven naturalista a causa de su nariz. No revelaba energía y determinación. Las narices romanas o aquilinas revelan vigor y fuerza de voluntad; las griegas, sensibilidad y tendencia mística, cuando menos. Pero la nariz chata, además de

mezquindad y desfachatez, revela un carácter endeble. Ahora, FitzRoy se arrepentía de haber leído a Lavater, de haber embarcado al necio y de no haber arrojado por la borda todos los trastos que reunió.

Pero había sido esa minuciosidad, también, la que llevó a Darwin a leerlo a él, Charles Lyell, con un grado de atención microscópica, decantando cada argumento, y a apoyar sus teorías como nadie lo había hecho ni lo haría, dijo.

De ahí (de ese gusto por la repetición y la minucia) venía el impulso que lo hacía levantarse a la misma hora, todos los días, sin necesidad de reloj; registrar en su cuaderno cada penique que gastaba; detallar las primeras palabras y cuanta expresión surgiera de sus hijos y concluir sin prisa ni fanfarrias el estudio de los cirrípedos que le llevó ocho años. “Odio a los percebes como ningún otro hombre los haya podido odiar antes”, escribió al poner el punto final. Y sólo Lyell fue capaz de comprenderlo y conmoverse ante esta declaración.

Sabía que Darwin trabajaba sin descanso en su “gran libro” sobre las especies. Y que organizar su enorme pila de notas, observar y experimentar con cada espécimen obtenido, comparar fósiles iguales sólo al ojo del neófito o el distraído, consumía más tiempo del que cabía en el reloj. No creía en los rumores que decían que Darwin mantenía su teoría en secreto por temor a sus colegas, es decir: que ésa era la verdadera razón. Habría quienes tomaran como prueba de su miedo la cita a una carta a Hooker donde afirmaba: “las especies no son (es como confesar un asesinato) inmutables”. Y aunque él no estaba de acuerdo con esta idea, instó a Hooker a exponer de inmediato un trabajo donde constara que desde 1844 Charles Darwin había llegado a la misma conclusión de su corresponsal.

Hooker accedió a hacerlo.

Así que a petición de Lyell, los trabajos de Darwin y Wallace se leyeron juntos en una reunión de la Linnean Society de Londres. Ambos recibieron aplausos. Las obras se editaron como un caso sin precedente sobre la teoría de la evolución por selección natural. No tuvieron el impacto esperado. De hecho, no tuvieron impacto alguno.